

para dar la bendicion acostumbrada en la absolucion) se les havia obscurecido el Sol; y que los que estavan destinados à observar en las eminencias nuestras Tropas, dieron aviso à los suyos, de que nos venia un grande socorro de gente, mas en numero de la que se veia peleando. Esto, ò fuese maravillosa providencia del Cielo, para sujetarles à que abrazáran nuestra Santa Religion, ò engaño de su perturbada fantasia, bastó para apagar repentinamente su furor, para que abandonassen el Campo, y dexassen en manos de los Catholicos la Victoria, que todos atribuyeron à mas poderoso brazo, que el de nuestros Soldados; porque en obra tan sobre las fuerzas humanas, claramente reconocieron la causa superior, y los soberanos influxos del Cielo, de que maravillosamente procedia.

No pudieron, para perficionar el triumpho, seguir los Nuestrros al enemigo; y no habiendo prevenido los accidentes, no estuvieron prontas las providencias. Eran escasos los alimentos; faltavan cavallos, para mudar; y los que havian venido, estavan ya destroncados. A ninguno se le ofreció arriesgarse à nuevos peligros, sino salir con la mayor brevedad possible de aquellas estrechuras, en que les tuvieron tan manifiestos de perder la vida. Mandó el Señor Governador tocar la retirada, y buelta à Peyoran, para dar las mas prontas convenientes providencias, para impedir al enemigo, que ideasse nuevos ardidés. Y aunque, ni en el camino tropezaron con algun nuevo cuidado, ni en el Real, donde havian quedado diez Soldados, con algunos Indios amigos, para defensa de los Cuarteles, con todo ordenó aquel vigilante Gefé à los Capitanes, que mandassen à los Sargentos doblar las Guardias, y que estuviessen mui alerta, avisando prontamente qualquiera novedad, que sobreviniessé.

CA-

CAPITULO XVI.

EFFECTOS, QUE SE SIGUIERON À ESTE
primer triumpho, que lograron las
Armas Catholicas.

Quedaron tan affombrados los Nayeres à vista de la Victoria, que ran contra la superioridad de sus fuerzas consiguieron alentadas de brazo superior nuestras armas, que llegando el eco desde Teaurite à lo interior de la Sierra, comenzaron à titubear sus afucias, y à estremecerseles los corazones. Mas no faltaron algunos, aunque pocos, que trataron ya de reducirse à vista del estrago, pero casi todos permanecieron, aunque temerosos, tan obstinados, que en vez de rendirse, solo trataron de retirarse, apartando sus bienes, para assegurarles en el sitio de la Mesa del *Tonati*, donde tenia su rebeldia puesta toda su confianza, assi por lo agrio, y casi inaccessible de la subida, como por tener en aquel lugar los Templos de sus mas afamadas Deidades, esperando por esso alli mui especiales los socorros, que de ellas se prometian. El Señor Governador no se dormia en buscar los medios mas oportunos, para que todos se reduxeran al gremio de la Iglesia, y à la obediencia de nuestro Catholico Monarca. Tuvo se el dia siguiente à la batalla Consejo de Guerra, y lo primero, que se determinó, fué despachar dos Soldados, que à la posta llevassen la noticia, assi de la resistencia, como de la Victoria al Señor Marqués de Valero, y esperar sus ordenes: resolvióse tambien, que aunque no se intentasse assaltar à los enemigos arrochelados en la Mesa, se hiziesen algunas entradas à las Rancherias inmediatas.

Para

Para las mas vezinas à nuestros Cuarteles, que eran las de la Puerta, y fueron las primeras, que encontraron en su viaje, se aprestaron algunas Esquadras de Soldados Españoles, y de Indios amigos, baxo el mando de uno de los Oficiales Superiores, à quien dava recomendacion el haver militado en el Reino de Leon, y en el nuevo de Vizcaya: ordenósele, que marchasse aquella noche, para que pudiesen dar el assalto antes de rayar la Aurora, para que hallando à los Infieles dormidos despertassen al ruido de nuestras armas tan sorprendidos del espanto, que ni tuviessem pies para la fuga, ni manos para la defensa: assi se huviera conseguido, si los Indios amigos no huviessem dado antes de tiempo el alarido, ò fuesse por malicia, para darles con este aviso lugar para el escape, ò fuesse, que les moviesse la codicia, y el interés, para emplearse solo en el pillage, sin que huviesse quien les resistiesse: mancha, que desde esta faccion comenzó à deslustrar à nuestros Soldados, sin ser facil el borrarla con frívolos pretextos, quando las manos, que devieran manejar las armas, solo se ocupan en recoger despojos.

Los Nayeres luego que oyeron el primer grito, y percibieron, aunque de lejos, el tropel de los cavallos, abandonando sus casas, y los bienes, que no havian podido retirar al barranco, precipitadamente huyeron. Y aunque algunos de los Nuestrós intentaron embarazarles el escape, no lo permitió la aspereza, y quebradas de las cuestras, y de los cerros; mas el Indio Don Geronimo Christoval, que iba tambien de Soldado, les llamó, assegurandoles el buen passage, y fingiendoles, que les havian de salir al encuentro otras Tropas, que se havian adelantado à cerrar los passos: aun con este engañoso indigno ardid solo se consiguió, que se cogiessem diez, y siete Personas hombres, mugeres, y niños: entre los hombres, que eran solos quatro, se dieron, rindiendo las armas, sin ha-

zer

zer resistencia, el Portero Nicolás Melchor, y el Tecolote: no obstante el Cabo por assegurarles, como si no bastára su rendimiento, y quedar defarmados, mandó, que les aprisionassen con desabrimiento de los Indios amigos, que ofrecian entregarles, sin valerle de aquel rigor.

Pusieron fuego al Templo, que hallaron alli; se apoderaron de las mulas, y cavallos, que encontraron en aquellas cercanías; cargaron con los otros bienes, que pudieron, sin estorvar el uso de sus armas, quando lo pidiesse la ocasion. Quitóle el Cabo al Portero una cinta de plata, con que de la frente al cuello sujetava el pelo: pareció mui mal à muchos, por mas que quiso colorearlo, con asegurar, que solo pretendia quitar de su cabeza la Corona, que desdezia en las sienes de un rebelde; pero vióse claramente su intencion en lo que executó despues su interés, y su imprudencia; porque sospechando, que por haver sido aquel Indio uno de los principales comerciantes, tendria competente porción de reales, le instó repetidas vezes, que descubriessse, donde les tenia ocultos; y viendole negativo, le amenazó, ya con el dogal, ya con los trabucos, ya con el espadin desenvainado con indiscrecion tan importuna, que los mismos Indios amigos lo sintieron tanto, que prorrumpieron en voces, de que pudo resultar algun alboroto, que costasse no poca sangre. Quando lo supieron los Padres afearon mucho accion tan indigna, y el Governador por aplacar su tan justo sentimiento, reprehendió publicamente al delincente, y afectando grande enojo, le mandó llevar preso, dando à entender, que intentava proceder à mas riguroso castigo; mas no passó de amenaza; porque tuvo à su favor la valentia de sus brios, que se dieron à conocer despues en las ocasiones, que se ofrecieron.

Ordenó el Señor Governador aprisionar à los quatro Varones adultos; y los Missioneros tomaron

S

à

à su cargo el asistirles, sin omitir en las expresiones del cariño quanto conducia à que se les hiziesse amable nuestra sagrada Religion: llevavales el Padre Antonio Arias la comida, y consolavales, procurando siempre quantos alivios fuesen compatibles con la atencion à su seguridad. Assi à estos, como à los demás, que se cogieron, y à los que voluntariamente se havian ya reducido, procuravan agasajarles aquellos zelosos Jesuítas, hasta quitarse no pocas vezes de la boca la comida, para dársela, deseando por este medio ganarles las voluntades, para ilustrarles despues los entendimientos: acciones todas, que juntas con el desinterés, y liberalidad, que experimentavan en aquellos fieles Ministros del Señor, y continuan oy sus Successores, han sido las armas mas poderosas, para reducirles à la grande fervorosa Christiandad, que ahora observan los Nayeritas, viviendo tan confiados los Missioneros de la sinceridad, con que les aman los Indios, y estos, de que son tan tiernamente amados de los Padres, que muchos apetecen de manera su compañía, que solo con vivo dolor de su corazon se arrancan de sus Pueblos.

Este amor à aquellos pobres desvalidos Indios movió al Padre Antonio à disuadir al Governador la determinacion de remitir afuera los quatro prisioneros, que podian, aunque assegurados en el Cuerpo de Guardia, facilitar por medio de algunos de los Nayeres, que se havian dado, que se rindiesen los rebeldes; pero ni la natural piedad del Governador, ni estas continuadas instancias bastaron, para que no les enviasse à la carcel de Zacatécas, juzgando, que aquellos Barbaros, que por el amor à su Patria temen mas, que la muerte, el destierro, dispertarian, y abrian los ojos al grito de este exemplar ruidoso castigo executado en uno de sus Magnates, y de los que mas suponian en su Provincia.

Con todo no sirvió; porque estaban entonces mas,
para

para atender à los impetus de la venganza, que à la voz, que resonó del escarmiento. Y habiendose coligado con quatro Pueblos fronterizos, no solo determinaron resistir qualquier avance, sino que havian consultado, y resuelto algunos animados ya con este numero de fuerzas, que assaltassen nuestros Cuarteles. Con esta noticia, que passó de los Nayeres, que se hallavan en el Real, à los Indios amigos, y de estos al Governador, se acaloró la Fabrica de dos Torreones de piedra, y lodo, atronerados por todos los costados; y se formó una trinchera de palmas, que servia, para cerrar la Plaza de Armas: reparo bastante, para resistir à los enemigos, sin que pudieran ofender sus flechas, y para contener aun con las bocas de fuego su ofradía. Con todo muchos eran de parecer, que antes se embistiesse al enemigo, sin aguardar, que tomasse mas cuerpo su atrevida resolucion de acometerlos. Tuvo Consejo de Guerra, para deliberar, si convendria, mientras venian de Mexico los ordenes de su Excelencia, seguir la Victoria, sin dar tiempo à los Barbaros, à que, fortificandose, dificultassen, y aun impossibilitassen la Conquista. Anduvieron tan encontrados los pareceres, que eran casi tantos los dictámenes, quantos fueron los Consultores: esto obligó à fortificar solo los Cuarteles, y atender à la seguridad de la defensa.

Por este tiempo, en que los Soldados Españoles, y los Indios amigos se aplicavan à fabricar los Torreones, se empleavan los zelosos Missioneros en desbastar, y pulir otras piedras, que reconocian havia Dios destinado, para echar los cimientos de esta nueva floreciente Iglesia; porque aunque algunos de las Rancherías de Don Domingo de Luna, y de *Cacaloxuchit* se huyeron à la Mesa con los rebeldes, havia otros, que se reduxeron, y tenian à mano los prisioneros, que quedaron, y à algunos, que acompañaron à otro Cazique, que se dió despues de la batalla, llamado